

XXVII CAPÍTULO GENERAL

MATERIALES PARA VIVIR LA FASE 2.1:

ESCUCHAR PARA DISCERNIR



**Una misión, unidos en la misión:
Misioneros Proféticos y Místicos
en Camino Sinodal**

Misioneros Claretianos - Gobierno General

«Una misión, unidos en la misión: Misioneros proféticos
y místicos en camino sinodal»

*Guía Metodológica para la preparación del XXVII
Capítulo General*

Roma, 2026

LLAMADA A LA CORRESPONSABILIDAD PARA PREPARAR EN COMUNIÓN

INTRODUCCIÓN

Desde la luz generada por la experiencia eclesial del Sínodo de la Sinodalidad -que nos invita a vivir caminando con fidelidad en comunión, participación y misión- y desde las inspiraciones subrayadas en la Reunión de Superiores de Sri Lanka con el Gobierno General (2026) -que desean para toda la Congregación una escucha más profunda, una responsabilidad más compartida y un auténtico discernimiento-, somos llamados a preparar con delicadeza, profundidad y compromiso el XXVII Capítulo General.

Se trata de abrir un camino espiritual compartido que posibilite la renovación de nuestra identidad, fortalezca nuestra comunión y revitalice nuestra misión. Un camino que no puede limitarse, por eso, a la imprescindible recopilación de información para la preparación de los diferentes documentos capitulares, sino que pretende abrir «espacios de vida» (experiencias compartidas mediante la metodología de «la conversación en el Espíritu») que permitan discernir en comunión la voluntad de Dios para cada uno, para cada comunidad y para toda la Congregación en cada uno de los contextos culturales donde desarrolla su tarea misionera.

Abrir este camino exige, según la «Fase2: Escucha y discernimiento en las comunidades» de la Guía Metodológica, que primero nos dispongamos (abriendo tiempos de calidad) a la reflexión personal (tiempo de preparación); segundo, a la meditación y oración comunitaria (retiro comunitario); para por último, abocar a la «conversación en el Espíritu». Esta es la fase central de todo el proceso. Es en el ámbito de las comunidades locales donde tiene lugar la participación más amplia y donde se desarrolla la escucha primaria del Espíritu.

Los materiales que os ofrecemos tienen la intención de ayudar a cumplir esta bella y exigente tarea. Se trata de que, en los proyectos comunitarios, programemos tres «encuentros» de calidad que aboquen a la «conversación en el Espíritu» para discernir el querer de Dios sobre nuestras vidas.

El primer encuentro (Fase 2.1), “*Escuchar para discernir*”, está iluminado por el icono bíblico Hechos 15, 1-35 y busca preparar el corazón (conversión interior) para escuchar la realidad, a los demás y a Dios. Asimismo, invita a una conversión pedagógica comunitaria orientada a familiarizarse con el método propuesto (conversación espiritual), y a interiorizar las actitudes requeridas y avanzar con una intención común. Los resultados se recopilan y envían mediante un formulario Google antes del 30 de septiembre. Estas aportaciones permitirán identificar el tipo de cultura de escucha que caracteriza actualmente a la Congregación (en el apéndice de la Guía Metodológica para la preparación del XXVII Capítulo General se ofrece un modelo de recopilación).

El segundo encuentro (Fase 2.2), *“Escuchar el clamor de la realidad”*, está iluminado por el icono bíblico Éxodo 3, 1-12 y busca ampliar el horizonte de discernimiento. Reconociendo a un Dios que escucha el clamor de su pueblo, se invita a las comunidades a escuchar a sus pueblos con un corazón compasivo y misionero. Se anima a incluir a laicos, religiosos y a otras personas, especialmente a quienes suelen ser menos escuchadas, para enriquecer el discernimiento. Cada comunidad envía sus respuestas (máximo cinco por pregunta) mediante formulario Google antes del 10 de noviembre de 2026. Un equipo del Organismo Mayor elabora una síntesis antes del 5 de diciembre de 2026, mientras que el equipo de animación vela por la calidad y fidelidad del proceso.

El tercer encuentro (Fase 2.3), *“Escuchar la realidad de la Congregación”*, está iluminado por el icono bíblico de 1 Juan 1, 1-4 y busca evaluar la vida congregacional a la luz del “sueño” del anterior Capítulo General, para discernir qué mantener, potenciar o corregir, y así responder con creatividad a la llamada de Dios. Se invita a una mirada crítica y esperanzada, reconociendo tanto lo que necesita transformación como las semillas de vida presentes. Los resultados se enviarán mediante formulario Google antes del 30 de noviembre y sirven de base para un Documento de Síntesis sobre la Realidad Congregacional que integrará las aportaciones de todos los niveles de cara al Capítulo.

Todo el material ofrecido, con sus dos partes fundamentales —la reflexión personal y el retiro comunitario—, busca ayudarnos a preparar las intervenciones en la «conversación en el Espíritu». Se trata, como saben, de compartir las mociones interiores que hemos experimentado tanto en la reflexión personal como en el retiro comunitario.

Para facilitar la identificación y expresión clara de estas mociones, los textos propuestos para la reflexión personal y el retiro comunitario van acompañados de algunas preguntas. Las tomamos con libertad: no es necesario responderlas todas, sino dejar que orienten en la preparación para la participación en la «conversación en el Espíritu».

En dicha «conversación en el Espíritu» no se trata de contestar preguntas, sino de compartir la experiencia vivida. Las cuatro preguntas que ofrece la guía para este momento tienen como finalidad ayudar a organizar las convergencias, tensiones e intuiciones recurrentes (quinto paso de la conversación) y también a estructurar la síntesis (sexto paso) que deberá enviarse en la fecha indicada.

I

REFLEXIÓN PERSONAL

ESPIRITUALIDAD Y ESCUCHA ATENTA

1. Nuestra época y sus llamadas.

Vivimos no solo una época de cambios, sino un verdadero **«cambio de época»**. Por ello, experimentamos una crisis —también purificación— de muchos logros alcanzados por la humanidad, que aun siendo valiosos, parecen no responder ya plenamente a los anhelos más hondos del corazón humano.

Ante esta crisis emergen dos tentaciones capaces de clausurar las posibilidades que el presente abre. La primera es la **nostalgia del pasado**, que convierte lo ya vivido en peso paralizante e impide caminos nuevos de vida. La segunda es la evasión hacia **sueños futuros ilusorios** que, al evitar el esfuerzo real de transformar la realidad, desembocan en desesperanza o en cinismo. Tanto el pasado absolutizado como el futuro imaginado pueden impedir la fidelidad al presente como lugar teológico.

Los tiempos actuales exigen, por tanto, una profunda **espiritualidad capaz de contemplar a Dios en la historia** y, precisamente por ello, reconocer el rostro concreto de toda persona amenazada por la indiferencia, la exclusión o la reducción instrumental. No se trata de una espiritualidad

intimista ni evasiva, sino encarnada: si el Verbo se hizo carne, ninguna carne humana puede quedar fuera de la atención creyente.

Esta espiritualidad debe recuperar la **paciencia de la atención**. En una cultura marcada por la aceleración, la distracción permanente y la captura de la mirada (excesivas pantallas), atender se convierte en un acto moral. Quien atiende reconoce que el otro no es un dato, un perfil o una variable estadística, sino una presencia irreductible. Atender implica custodiar las condiciones del encuentro: el silencio, la escucha, la memoria, la conversación paciente, el juicio responsable y la capacidad de detenerse ante el sufrimiento ajeno sin reducirlo inmediatamente a cálculo o gestión.

Asimismo, esta espiritualidad exige **desarmar las palabras**, pues ningún encuentro verdadero es posible si el lenguaje permanece habitado por la agresividad, la mentira o la sospecha. Se trata de permanecer disponibles para la compasión, la misericordia y el perdón, tanto en el plano personal como comunitario. Allí donde la lógica tecnológica tiende a optimizar procesos, esta espiritualidad recuerda que la persona nunca puede reducirse al resultado que produce ni al dato que la representa. Allí donde el poder busca homogeneizar, esta espiritualidad aprende a reconocer la diversidad como bendición. Allí donde el cinismo se resigna al dominio de la fuerza, insiste en que la historia permanece abierta a la conversión, al cuidado y a la justicia.

Por ello, esta espiritualidad reclama el compromiso del **diálogo intersubjetivo**. No se trata simplemente de hablar más, sino de aprender a escuchar mejor; de abrir espacio a la palabra del otro y de sostener procesos capaces de transformar la confrontación estéril en construcción común.

2. No solo oír, sino escuchar.

En un mundo saturado de ruido, mensajes y palabras, la escucha auténtica puede convertirse en un acto revolucionario y liberador. No consiste solo en oír, sino en escuchar con presencia, con el corazón abierto y con disposición a dejarnos configurar por lo que dice la realidad, por lo que dice el otro y por lo que dice el Otro. En este sentido, la escucha remite a la obediencia —*ob-audire*—: salir del propio querer e interés para caminar por la senda discernida de la comunión.

Nunca deberíamos olvidar que, en la dimensión mística de nuestra vocación carismática, escuchar no es solo un medio para alcanzar verdades, para incrementar saberes, para cualificar las posibilidades de información... porque no se trata solo de estar informados, sino formados, configurados con el querer del Dios revelado por Cristo Jesús. Escuchar es, ante todo, una forma de presencia radical; una forma radical de ser y de estar, que siempre exigirá la apertura a la alteridad y que, por eso, dispondrá nuestras vidas a la apertura de la revelación de lo sagrado.

3. No pasividad sino atención cordial.

Vivimos, sin embargo, en una cultura que valora más el hablar que el escuchar. Predominan la opinión inmediata, la respuesta rápida y la solución instantánea. La escucha, en cambio, exige pausa. Escuchar es detener el flujo espontáneo de sentimientos, pensamientos, juicios y respuestas para hospedar cordialmente lo que la alteridad ofrece. Implica asumir el riesgo de abrirse a la diferencia, incluso cuando nos desinstala y cuestiona lo querido, lo sabido o lo conseguido.

Escuchar exige, por eso, la **ascética de la generosidad**. Supone renunciar al propio yo, al deseo de tener razón, de controlar o de ser comprendido antes de comprender. No es pasividad, sino atención cordial activa; una exigencia interior que obliga a vencer el egoísmo.

Por eso, la verdadera escucha debe ir acompañada de una delicada atención a la propia interioridad: ¿por qué deseo interrumpir?, ¿qué me impide abrirme al diferente?, ¿qué heridas se despiertan cuando escucho lo que no comprendo o no comparto? Así, la escucha configura en la humildad que posibilita el verdadero autoconocimiento. Conocerse en verdad es vivir en verdad, y esto es humildad. Santa Teresa de Jesús lo expresó con claridad: *«es gran cosa el propio conocimiento; y así querría yo, aun volando al cielo, que nunca le perdiésemos»* (*Camino de perfección*, 39, 5).

El autoconocimiento que brota de la escucha auténtica no consiste en mirarse obsesivamente ni en rebajarse, sino en

reconocerse con verdad ante la alteridad y, desde ahí, ante Dios: con la propia pobreza, los límites, las heridas y los deseos no cumplidos, pero también con la dignidad que nos define y con la acción de la gracia que siempre está donada. Cuando nos conocemos en verdad, dejamos de configurar la vida desde la apariencia, la autosuficiencia o la autoafirmación narcisista.

Aquí aparece la **dimensión misionera de la escucha atenta**. Escuchar de verdad implica percibir el sufrimiento propio y ajeno, pues el dolor necesita ser escuchado para sanar en compañía cordial. Ayudar a quienes Dios pone en nuestro camino para que miren de forma nueva y sigan adelante con esperanza es signo de redención. La escucha compasiva reconoce, confirma y fortalece la dignidad de los hijos de Dios.

Cuando escuchamos con atención, la vida se acrecienta y podemos percibir sus signos como llamadas a renovar la fidelidad. Entonces, la realidad entera se vuelve sacramental: historia de salvación. El presente —no la nostalgia del pasado ni los sueños ilusorios de futuro— nos convoca entonces a la delicadeza del martirio cotidiano: Entrega de la vida en lo ordinario, delicadeza de conciencia y de corazón, apertura de espacios para Dios.

Los santos y santas muestran que la escucha auténtica es también una forma de «**no saber**» que abre a la verdadera fidelidad. Supone despojarnos de etiquetas, diagnósticos y certezas. En esta desapropiación —que San Juan de la Cruz expresaría como no querer poseer, no aferrarse ni absolutizar

nada creado— se juega gran parte de la fidelidad testimonial: quedar libres para Dios y para los demás.

Por eso, la escucha atenta va más allá de las palabras. Consiste en escuchar el silencio: lo que no se nombra, pero se siente; lo que no se explica, pero se revela. No siempre se trata de llenar, explicar o aconsejar, sino de estar. En ese estar compartido, Dios puede pronunciarse con libertad.

«Y María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2, 19). La escucha atenta nace en el corazón y, al escuchar, el corazón aprende a guardar y esperar la revelación sorprendente de Dios. El corazón no es emotivismo alienante, sino fuente viva de compasión, humanidad compartida y deseo de amor; es el espacio sagrado donde Dios se pronuncia y anhela nuestro diálogo con Él y nuestro servicio a su proyecto salvífico.

II RETIRO COMUNITARIO

Icono bíblico:

Hechos 15,1-35 (El Concilio de Jerusalén, un ejemplo de discernimiento comunitario a la luz del Espíritu).

Oración:

Señor Jesús, así como reuniste a tu Iglesia en Jerusalén para que discerniera la acción de tu Espíritu, te pedimos que abras nuestros corazones y nos dispongas a escuchar juntos con humildad y profundidad en este Capítulo.

Que tu Espíritu Santo sea el verdadero protagonista de nuestros encuentros, guiándonos a construir una auténtica cultura del discernimiento, donde cada voz sea acogida, cada experiencia sea valorada y cada decisión nazca del silencio atento a tu voluntad.

Haznos capaces de superar nuestras certezas y prejuicios, para que, como los apóstoles y ancianos de Jerusalén, podamos "parecer bien al Espíritu Santo y a nosotros" (*Hch 15,28*), caminando siempre en la verdad y en la comunión.

Objetivo:

Abordar el Capítulo General con un corazón dispuesto a escuchar y discernir, profundizando en la calidad de nuestra

escucha y fomentando una verdadera cultura del discernimiento.

1. Clave bíblica: «Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...» (Hch 15, 28)

El Concilio de Jerusalén no es solo un hecho del pasado: es un modelo vivo de cómo la comunidad cristiana, guiada por el Espíritu, afronta sus conflictos y camina en comunión.

Como es sabido, el pasaje pertenece a la sección misionera de Hechos (caps. 13-28) y se articula en cuatro momentos: el **conflicto inicial** sobre la circuncisión de los gentiles, la **asamblea de Jerusalén** con sus debates, el **decreto apostólico** y por último, su **recepción gozosa en Antioquía**.

El conflicto no es meramente cultural: toca el núcleo de la fidelidad evangélica —¿es exigible la Ley para los seguidores de Cristo? — y amenaza la unidad de la comunidad. La respuesta no viene de grandes argumentos racionales ni de debates ideológicos, sino de la **escucha de experiencias vitales**: Pablo y Bernabé narran lo que Dios ha obrado a través de ellos; Pedro comparte su encuentro con Cornelio; Santiago discierne en todo ello la presencia del Espíritu, confirmándola con la Escritura. El resultado es un decreto que equilibra **unidad y diversidad**: "*hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros*".

Más allá del debate histórico, exegético o teológico sobre la narración lucana, el texto ofrece un **marco permanente** para la vida comunitaria:

- La comunidad busca **unidad desde la diversidad**, no uniformidad que genere polarización.
- El **conflicto no se esconde**, sino que se afronta compartiendo experiencias como posibles signos del querer de Dios.
- La **Escritura ilumina** el discernimiento comunitario.
- La decisión mantiene la **tensión fecunda** entre unidad y diversidad.
- El signo de que la decisión viene de Dios es la **alegría** que genera, no la existencia de vencedores y vencidos.

Y, ahora, para la reflexión personal:

- **Sobre la calidad de nuestra escucha**

En el Concilio, la comunidad no debatió ideologías: se escucharon experiencias vitales.

¿Somos capaces de escuchar de verdad las experiencias de los demás —especialmente las que nos incomodan o contradicen nuestra manera de ver— como posibles signos de la acción del Espíritu, o nos encerramos en nuestras propias certezas antes de que el otro termine de hablar?

- **Sobre nuestra gestión del conflicto**

El conflicto no se escondió: se afrontó con valentía y sin polarizar.

¿Tendemos, como comunidad, a silenciar o esquivar los conflictos para mantener una paz superficial, o tenemos el coraje de nombrarlos y afrontarlos juntos sin caer en la lógica de vencedores y vencidos?

- **Sobre el discernimiento a la luz de la Palabra**

Santiago no impuso su criterio: remitió a la Escritura para discernir.

¿Ocupa realmente la Palabra de Dios el centro de nuestros procesos de decisión comunitaria, o nos guiamos principalmente por criterios de eficacia, mayorías o afinidades personales?

- **Sobre los frutos de nuestras decisiones**

El signo de que la decisión venía de Dios fue la alegría de la comunidad, no la victoria de unos sobre otros.

¿Qué frutos generan nuestras decisiones comunitarias: alegría, unidad y mayor impulso misionero, o cansancio, división y repliegue sobre nosotros mismos?

2. Clave narrativa: «Cuando el Espíritu toma la palabra»

Aquel día, la comunidad estaba herida. No era la primera vez que una discusión amenazaba con romper lo que tanto había costado construir. Palabras duras y cargadas: "*Sin la circuncisión no podéis salvaros*". Y del otro lado, el silencio tenso de quienes habían visto con sus propios ojos cómo el

Espíritu actuaba libremente, sin pedir permiso a nadie, entre gentes que ni siquiera conocían la Ley.

Pero alguien propuso algo sencillo y revolucionario a la vez: **sentarse y escuchar**. No debatir para ganar. Escuchar.

Pablo y Bernabé comenzaron a hablar. No con argumentos brillantes ni con citas eruditas. Hablaron de caminos polvorientos, de puertas que se abrían inesperadamente, de rostros de personas que nadie esperaba y que, sin embargo, acogieron la Buena Noticia con una alegría que solo podía venir de Dios. *«Esto es lo que hemos visto. Esto es lo que hemos vivido.»*

Pedro tomó la palabra después. Y también narró. Recordó aquel día en casa de Cornelio, cuando comprendió, casi con asombro, que **Dios no hace acepción de personas**. Que el Espíritu no pregunta de dónde vienes antes de posarse sobre ti.

La sala fue quedándose en silencio. No el silencio incómodo del enfrentamiento, sino el silencio fértil de quien está experimentando algo grande.

Entonces Santiago habló con calma. No impuso su criterio. No zanjó la cuestión con autoridad. Simplemente señaló hacia la Escritura y dijo: *«Con esto concuerdan los profetas.»* Como quien descubre que el camino que están pisando ya estaba trazado desde antiguo.

Y juntos, despacio, fueron tejiendo una decisión. No perfecta. No definitiva. Pero **honesto, justa y posible**. Una decisión que cuidaba la unidad sin aplastar la diversidad. Que pedía lo necesario sin cargar lo innecesario.

Y, ahora, para la reflexión personal:

- **Sobre las heridas que cargamos**
«Aquel día, la comunidad estaba herida...»
¿Hay en este momento alguna herida no nombrada en nuestra comunidad, alguna tensión que estamos evitando afrontar porque tememos que «termine mal»? ¿Qué nos impide sentarnos, como hicieron ellos, simplemente a escuchar?
- **Sobre el modo en que tomamos decisiones**
«No a debatir. No a ganar. A escuchar.»
Cuando nuestra comunidad afronta un conflicto o toma una decisión importante, ¿desde qué lugar lo hacemos: desde el deseo genuino de escuchar la experiencia del otro y discernir juntos, o desde la necesidad de imponer, convencer o proteger nuestra posición?
- **Sobre los frutos que reconocemos**
«No hubo vencedores que celebraran su victoria. No hubo vencidos que se marcharan con el corazón amargo.»
¿Podemos recordar alguna decisión tomada en nuestra comunidad que haya generado verdadera alegría

compartida? ¿Qué la hizo posible? Y si nos cuesta recordarla, ¿qué nos dice eso sobre nuestra manera de caminar juntos?

Y no olvidés: «el signo más claro de que el Espíritu estuvo presente no fue la perfección de la decisión, sino la alegría que dejó en el corazón de todos»

3. Clave apreciativa: detectar las buenas semillas que debemos cuidar.

Antes de abrir la pregunta por lo que tenemos que cambiar, el texto de Hechos 15 **nos invita a hacer algo más difícil y bello:** mirar con gratitud y con honestidad lo que ya está vivo entre nosotros.

Porque el Concilio de Jerusalén no comenzó con un programa. Comenzó con una pregunta silenciosa y valiente: *¿dónde está actuando Dios en lo que estamos viviendo?*

Por eso, antes de juzgar, antes de proponer, antes de decidir, necesitamos detenernos y narrar.

Te propongo una mirada atenta, sencilla y concreta: piensa en tu comunidad. En su historia reciente. En sus personas. En sus momentos. Y busca, con ojos limpios y corazón agradecido:

¿Dónde hemos experimentado que el Espíritu actuaba más allá de nuestros planes y controles? ¿Qué persona, qué encuentro, qué momento inesperado nos sorprendió con la cercanía de Dios?

¿Dónde hemos logrado escucharnos de verdad, superando las diferencias, sin que nadie tuviera que renunciar a su dignidad para que hubiera paz?

¿Qué decisión tomada juntos generó alegría genuina y nos dio más energía para seguir caminando con fidelidad?

¿Qué rostro, qué historia, qué testimonio de alguien de nuestra comunidad nos ha dicho, sin palabras, que el Evangelio sigue siendo una Buena Noticia viva y transformadora?

Y no lo olviden: Estas semillas no son logros nuestros. Son regalos del Espíritu que ya están germinando entre vosotros, quizás sin que les hayamos puesto nombre todavía. Nombrarlas es el primer acto de discernimiento. Cuidarlas es el primer acto de fidelidad. Compartir las es el primer acto de misión.

4. Clave transformadora: Dejarnos transformar por lo que escuchamos.

Hay una conversión que nadie nos enseña a hacer y que, sin embargo, el Espíritu nos pide continuamente: **La conversión de la escucha.**

No se trata de escuchar para responder. No se trata de escuchar para rebatir. No se trata de escuchar para confirmar lo que ya pensamos. **Se trata de escuchar para dejarse cambiar.**

Eso fue lo que ocurrió en Jerusalén. Pedro entró a aquella asamblea siendo el mismo de siempre, con su historia, sus convicciones, su manera de entender la fidelidad a Dios. Pero antes, en casa de Cornelio, algo le había roto por dentro. Había escuchado. Había visto. Y lo escuchado y lo visto le obligó a decir en voz alta lo que le costaba admitir: *«Comprendo que Dios no hace acepción de personas.»*

Esa frase no nació de un estudio. Nació de una experiencia que le transformó. Y esa transformación personal se convirtió en don para toda la comunidad.

Porque así funciona el Espíritu:

- Lo que te transforma a ti **transforma también a quienes Dios ha puesto a tu lado.**
- Lo que sana en ti **sana también algo en quienes te rodean.**
- Lo que te atreves a «vender» para ganar libertad **abre camino de libertad para toda la comunidad.**

Y, desde aquí, las últimas dos preguntas:

¿Somos capaces de dejarnos cuestionar por la experiencia del otro, aunque contradiga nuestras convicciones más arraigadas?

¿Es nuestra comunidad un lugar donde las transformaciones personales son acogidas como dones, o las recibimos con desconfianza porque amenazan el orden establecido?

III

CONVERSACIÓN EN EL ESPÍRITU

Y ahora desde lo meditado -en el tiempo de reflexión personal- y lo orado -en el retiro comunitario- preparamos cordialmente la intervención para la primera ronda de la conversación espiritual. Primera ronda en la que todos tenemos que hablar. Después, si nos atrevemos a escuchar y sentir, la dinámica de la conversación nos abrirá a la sorpresa de Dios.

Se trata de poner en común la experiencia tenida. No de responder, en un primer momento, a preguntas concretas

Después de este intercambio experiencial, la Guía Metodológica nos propone unas preguntas para preparar el momento de discernimiento y la síntesis última:

- ¿Nos hemos sentido alguna vez verdaderamente escuchados? ¿Qué actitudes de los oyentes nos hicieron sentir así?
- ¿Cómo vemos nuestra propia capacidad de escuchar? ¿Cuáles son nuestros puntos fuertes? ¿En qué áreas necesitamos crecer?
- ¿Cómo respondemos a las diferencias que existen dentro de la comunidad (de opiniones, culturas, sensibilidades, puntos de vista teológicos, etc.)? ¿Ayudan estas diferencias a construir la comunión fraterna? ¿Cómo lo experimentamos?

- ¿Cómo discernimos en comunidad la llamada de Dios a la conversión pastoral? ¿Forma parte de este proceso la escucha de la realidad? ¿Qué es lo que aún debemos reforzar?

Los resultados del discernimiento y la síntesis última (no opiniones personales) se recopilarán y enviarán mediante un formulario Google antes del 30 de septiembre. Estas aportaciones permitirán identificar el tipo de cultura de escucha que caracteriza actualmente a la Congregación. (En el apéndice de la Guía Metodológica para la preparación del XXVII Capítulo General se ofrece un modelo de recopilación).